

CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR [230-237]

37ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 50)

Introducción

Los Ejercicios comenzaron con una introducción, el Principio y Fundamento, importantísima. Y san Ignacio quiere terminar a la altura de su comienzo. Esta contemplación es tan importante como el Principio y Fundamento; reúne y concentra todo lo contemplado en el Ejercicio.

Dirá San Juan Pablo II:

“El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre”¹.

Y en cuando a la vocación al amor, comenta Benedicto XVI:

“La vocación al amor es lo que hace del hombre auténtica imagen de Dios, se hace semejante a Dios en la medida en que se convierte en alguien que ama”².

Y antes de entrar propiamente en la contemplación que nos propone san Ignacio, permítanme una introducción que quizás sea más necesaria en nuestros tiempos que en los tiempos del santo de Loyola.

Nos hace meditar san Ignacio sobre el amor que Dios nos tiene y, de ahí, como por natural resultancia, nos lleva a devolver algo de tanto amor recibido, porque “amor con amor se paga”. Pero como ya hemos comentado varias veces, “la gracia supone la naturaleza” y, por tanto, antes de hablar directamente del amor de Dios, quiero hablar un poco del amor humano, porque influye no poco en el divino.

Tuve la gracia de vivir un par de años en un hogar de niños discapacitados. Uno de esos niños padece una enfermedad genética llamada “Prader-Willi”, la cual, junto con la discapacidad mental, produce ciertas características físicas y psicológicas como baja estatura, manos y pies pequeños y notable simpatía cuando se encuentran de buen humor. Este “niño” (en ese tiempo tenía 23 años), Víctor, de vez en cuando, y solo a algunos, solía hacer una pregunta, que en lo personal he escuchado así: “Padre... ¿me quiere?”.

La vida y el trato con las almas en estos quince años de ministerio, me ha llevado a la convicción de que esa pregunta resuena en lo más hondo de cada ser humano que pisa sobre esta tierra. No todos podrán reconocerlo y, para algunos, hacer esa pregunta –o incluso, *hacérsela*– sería quizás como una muestra de debilidad... pero no por eso podrán

¹ JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, 10.

² BENEDICTO XVI, Discurso en la ceremonia de apertura de la asamblea eclesial de la diócesis de roma lunes 6 de junio de 2005.

evitar tener en lo más recóndito de su persona una imperiosa necesidad de que algún ser sobre la tierra pueda responderle con hechos o con palabras, con un rotundo, firme y seguro “sí, te quiero”.

El motivo último de esta realidad existencial será posiblemente el hecho de que somos creaturas y, por tanto, limitadas y necesitadas, y de nada necesitamos tanto como de amor, porque el amor es mucho más que “algo”, el amor es “alguien”; alguien que se da, se entrega, quiere nuestro bien y lo quiere como propio. Necesitamos que alguno se duela con nuestro dolor, se ría con nuestra alegría, que le importe si nos va bien o mal, si llegamos o partimos, que se alegre de vernos y nos extrañe cuando no estamos, que nos reciba, con una sonrisa, al nacer, y que nos despida, con lágrimas, al partir.

En primer lugar tienen la misión de responder a esta pregunta, sin palabras a los comienzos, sí con sonidos onomatopéyicos y con muchos gestos de cariño³, quienes han hecho posible que ese ser humano pise la faz de la tierra, es decir sus padres. De ahí las grandes heridas que deja en el corazón humano el amor de ese papá o esa mamá que faltó, o que, aún quizás sin sombra de culpa propia, no estuvo a la altura de las circunstancias. Hermanos y demás parientes; los amigos, que la Escritura llama un tesoro⁴; el/la cónyuge –en el matrimonio–; los hermanos en religión –en la vida consagrada–; los hijos –ya espirituales, ya de sangre– serán también parte no menos importante de este “sentir que soy algo para alguien” que va marcando y dándole sentido a nuestro vivir.

Mucha gente no logra encontrar el motivo ni explicar el dolor que sobreviene en su interior por no sentirse dignas de ser amadas... y parecería que a su alrededor nada permanece en pie, todo se desploma. Trato de mostrarles que como Dios es amor y es el fundamento y lo que da estabilidad a todo lo que existe, quien no se cree “capaz de ser amado” sufre una especie de “inseguridad existencial”, una falta de estabilidad en su interior que, como consecuencia, provoca un desmoronarse de todo lo de fuera.

Jaques Phillipe habla “*mediación de la mirada de otro*” como necesaria para la aceptación de uno mismo:

“Para amarnos necesitamos de una mediación, de la mirada de alguien que, como el Señor por boca de Isaías, nos diga: *Eres a mis ojos de muy gran estima, de gran precio y te amo* (Is 43,4)”⁵.

“Mirada mediadora” que, para ser completa, para realizar todo lo que debe realizar y producir todo lo que debe producir en el ser amado, debe ser tanto masculina como femenina: por algo existen “papá” y “mamá”. Y es de suponer que es así porque la Paternidad de Dios –como toda paternidad sobrenatural– no es una paternidad “masculina”, sino paternidad y maternidad al mismo tiempo⁶.

³ Afirma Osvaldo Cuadro Moreno hablando del complejo de inferioridad: “Hay madres que se pasan largos ratos contestando las miradas, los movimientos de labios, los gorgoteos de sus hijitos. Esto produce en el niño una sensación de estima, de la importancia de sus sentimientos y un paulatino descubrimiento de que él es alguien y –más aún– de que merece ser amado. Este es el diálogo primigenio, que no sólo ayuda fuertemente a consolidar la propia identidad, sino que según nuestra apreciación es básico para el desarrollo de la personalidad”. En *Los cuatro cocodrilos del alma*, Editorial Homini, Lima 2000, p. 240.

⁴ Si 6,14.

⁵ JACQUES PHILIPPE, *La libertad interior*, Rialp, Madrid 2013¹⁶, p. 37.

⁶ Es lo que parece querer manifestar Rembrandt en su famoso cuadro del hijo pródigo –que se encuentra al

Y ese amor humano que recibimos, es un reflejo, a su vez, del amor Divino, es decir que esos amores nos llevan a conocer cuánto Dios nos ama; de ahí que, faltando esos amores, podemos no solo llegar a pensar de que Dios no nos ama, sino que no existe. Un muy buen psicólogo de Estados Unidos, Paul Vitz, escribió un libro en 1999 titulado “La fe de los huérfanos: la psicología del ateísmo”⁷.

¡Qué de almas y corazones lastimados encontramos por nuestro camino! Incluso, muchas veces, quienes más fríos e insensibles se muestran al exterior, no hacen más que recubrir con una frágil capa de “dureza”, un tierno corazón de niño que reclama por alguien que le dé cariño.

¡Qué gran responsabilidad que tenemos todos de aprender a dar amor! ¡Qué de heridas podemos producir en los demás no solo con nuestros actos, sino también con nuestras omisiones, con nuestras ausencias...! ¡Cuántas heridas podemos sanar con un poco de amor...! Y, por supuesto, como decíamos, esta responsabilidad es aún mayor por nuestra misión de ser reflejos del amor de Dios.

Por supuesto que no podemos pensar que las heridas que podemos llegar a tener no puedan sanarse, porque la gracia sana y eleva (primero sana) y, entonces, conocer cuánto Dios nos ama, no solo puede ayudarnos a amarlo más a Él, que es lo más importante, sino a sanar esas heridas.

Hasta aquí entonces la introducción; vamos ahora propiamente a lo más importante, lo que San Ignacio nos propone contemplar en este último día de los *Ejercicios*.

Conviene hacer algunas aclaraciones con respecto al amor. Si ya san Ignacio, en el siglo XVI, nos invita a meditar estas aclaraciones antes de comenzar, ¿cuánto más en este tiempo, en que difícilmente se encuentre una palabra que esté más embadurnada, más manoseada que el amor? ¿Qué entendemos hoy por amor?

El santo de Loyola, hace dos notas aclaratorias:

[230] Primera nota: *“Primero conviene advertir en dos cosas. La primera es que al amor se debe poner más en las obras que en las palabras”.*

Gran verdad que podemos pasar por alto. Muchas veces nuestras obras no condicen con el amor que profesamos. Incluso en la oración decimos a Dios cuanto lo amamos, pero cuando somos puestos a prueba, ¿dónde quedan las palabras? Es preferible obrar antes que hablar. **“Hijos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obra y de verdad”.** (1Jn 13, 8)

“La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras*”⁸. (JUAN PABLO II)

Es llamativo como san Ignacio se cuida mucho de usar pocas veces la palabra *amor* en el libro de los Ejercicios. Sin duda en muchas de las meditaciones hemos hecho actos de amor. Por ejemplo, en la meditación de los pecados, donde se habla de *“crecido e intenso dolor y lágrimas por mis pecados”* [53], *“Lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo”*

comienzo del post– al graficarle a la figura del Padre una mano con rasgos masculinos y otra con rasgos femeninos.

⁷ Título en inglés: *Faith of the Fatherless: The Psychology of Atheism*, Dallas, TX: Spence Publishing Co.

⁸ JUAN PABLO II, *Novo Milenio Ineunte*, n.50.

[53]; me brota la palabra amor cuando es realmente el amor el que mueve todos estos efectos, el amor penitente. Otro lugar en que naturalmente se esperaría ver aparecer la palabra 'amor' es en la contemplación de Reino; pero sólo se da con otro sentido, dejando que hablen sólo las obras: *ofrecer sus personas al trabajo, haciendo contra su amor carnal y mundano...* [97]. Y luego habla de 'Tres maneras humildad', que bien podrían llamarse "Tres maneras de amor", porque contienen la más pura caridad divina. Tampoco allí aparece para nada la palabra.

Algunas veces se nombra la palabra *amor*, pero en forma abstracta. En total aparece 22 veces: 15 de ellas, hablando del amor de Dios. Pero la palabra amor, como caridad aplicada como un acto del ejercitante, aparece solo dos veces, una de las cuales es en el infierno; decía san Ignacio: "*Si del amor eterno me olvidare por mis faltas...*", y la otra, claro está, es en esta contemplación.

Le confiere así a esta palabra un cierto sentido sagrado. Si digo algo lo cumplo, debo amar a Dios *de verdad*.

"Todo aquel que quiera entrar por el camino del verdadero amor divino, se prepare a obrar más bien que a hablar. Si obra, habrá amor, aunque calle. Si no obra, por más que diga no habrá verdadero amor. Obra mucho y habla cuando sea conveniente y tendremos el verdadero punto del amor."

¡Qué importante que es el amor en nuestra vida! San Agustín dice: "*Ama et fac ut vis*" ("*Ama y haz lo que quieras*"). Una vez que nos decidimos a amar de verdad, la ley para nosotros queda atrás, ya que todo lo que hagamos será por amor.

Pero para que este amor se entienda tal cual es, hay que hacer otra aclaración...

[231] **Segunda nota:** "*El amor consiste en comunicación de las dos partes. Es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, o de lo que tiene o puede. Y así por el contrario el amado al amante. De manera que, si el uno tiene ciencia, dala al que no la tiene; si honores y riquezas, y así el otro al otro*".

Quizás esta aclaración es todavía más necesaria que la primera. Lo que hace san Ignacio es distinguir entre el amor de concupiscencia y el amor de benevolencia. El de concupiscencia es el que se tiene a alguna cosa para provecho propio; en este amor solo me estoy amando a mí mismo. Este amor es muy distinto al amor de benevolencia: "*bene volere*", "querer el bien", querer el bien al otro. Es propio de la persona que al amar al otro no se busca a sí misma, sino el bien de aquella. Es el amor de amistad, cuando es recíproco, y en nuestra vida espiritual, para con Dios, se llama caridad.

Santo Tomás va a decir: "amar es querer el bien a alguien"¹⁰.

"El amor humano tiene dos caras que se distinguen pero no pueden separarse totalmente: el amor de *concupiscencia* y el amor de *benevolencia*. El primero es el "querer para sí"; el segundo el que "se dona al otro". No hay que confundir estos dos aspectos del amor con las especies del amor: el amor sexual (*eros*, en griego) y el amor de amistad (*philia*, en griego), ni este último con el amor de caridad sobrenatural (en griego *agapé*).

El amor de concupiscencia y el amor de benevolencia están presentes en las especies de amor mencionadas. Son aspectos que no pueden separarse totalmente porque en nuestros

⁹ Aunque propiamente sería "*bene velle*" porque el verbo es irregular.

¹⁰ *Super Ioannem*, Lectio III, p. 92: "Amare enim proprie est velle alicui bonum"

movimientos están presentes tanto la donación como la posesión, aunque en alguno parezca mostrarse más uno que otro. Para hablar con exactitud hay que decir que no podemos tener un amor de entrega o benevolencia que no implique cierto interés por uno mismo; aunque sí podríamos tener un amor de deseo, amor de posesión, sin elementos de generosidad (porque lo primero es lo natural; lo segundo una corrupción). En el amor de amistad por el que las personas amigas ponen en común los bienes que poseen, también hay cierto amor de sí mismos, porque al amigo se lo ama porque eso nos perfecciona, y esto manifiesta que el deseo de perfección de la propia naturaleza no puede lograrse sino — ¡paradójicamente!— en la entrega total a los demás. Por eso, aun cuando uno da la vida por los demás (amigos, cónyuge, hijos, desconocidos, o incluso enemigos) busca (tal vez inconscientemente) y alcanza su plena madurez, su perfección. Tenía mucha razón aquel esposo que exclamó, viendo el sacrificio —que terminó en la muerte— de su esposa por su pequeño hijo (ella había rehusado el tratamiento de un tumor para no dañar al hijo que llevaba en su seno): “¡Me has enseñado a ser hombre!”. Sí, y también ella alcanzó en ese acto su perfección de mujer y de madre.

Pero podría darse todo lo contrario: un amor que sólo se busca a sí mismo, sin importarle nada los demás. Como dijo Agustín del amor mundano: “amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios”. Tal es el amor egoísta o egocéntrico: que gira sobre uno mismo. Todos los amores destructores son así.

Tanto el movimiento de verdadero amor natural como el sobrenatural, incluyen ambos aspectos, pero integrados y subordinados: es decir, el amor de concupiscencia sometido al de benevolencia. Jesucristo lo expresó al decir: *el que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará* (Mt 10,39). ¿Dar la vida es encontrarla? ¿Buscarla equivale a perderla? Sólo a la luz de los párrafos anteriores se entiende esta paradoja de pérdidas que son encuentros, y hallazgos que son pérdidas.

Pero no puede dudarse que estamos ante una fuerza que, como el fuego o como la energía atómica, puede construir o destruir; asolar o madurar. Esas dos caras (deseo y entrega) no son separables en el amor verdadero; pero pueden sublimarse en una entrega total que sólo manifestará el término del deseo (del amor de sí) en una dimensión más alta y sublime (el que da su vida por los demás se perfecciona pero en un plano muy superior; como el que dona su sangre o un riñón, sólo obtiene un beneficio para sí en el orden espiritual, en la perfección social y en el plano de la caridad, no en el físico en el que pierde “algo”), o pueden desintegrarse ambas arrastrándose hacia abajo en la búsqueda de sí mismo, en el egoísmo más exacerbado (como se ve en el lujurioso, el violador o el pornógrafo)¹¹.

Decía san Pablo: “Nosotros los fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y no buscar nuestro propio agrado. Que cada uno de nosotros trate de agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación, pues tampoco Cristo buscó su propio agrado; antes bien, como dice la escritura ‘los que te ultrajaron cayeron sobre mí’” (Rm 15, 1-3). Y en la carta a los hebreos: “No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios”. (Hb 3, 16)

Por eso aquello de “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos” (Jn 15, 13). Y también aquello de “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). De aquí también el deseo de sufrir por Dios que

¹¹ P. MIGUEL Á. FUENTES, *La castidad ¿Posible?*, Ediciones del Verbo Encarnado, San Rafael, 2006, pp. 22-23.

tenían los santos; aquel *“Padecer o morir”*, de santa Teresa de Jesús, o aquel otro *“No morir, sino padecer”*, de santa Magdalena de Pazzi.

Y cuando el amor es muy grande, y lo único que se busca es amar, con un olvido total de sí mismo, el sufrir produce alegría: *“He llegado a no poder sufrir más pues me es dulce todo sufrimiento”* decía santa Teresita; y también, antes de morir: *“Yo encontré en el mundo la alegría y la felicidad pero sólo en el dolor”*.

“Cuando llegares a tanto que la aflicción te sea dulce y gustosa por amor de Cristo, piensa entonces que te va bien; porque hallaste el paraíso en la tierra.

Cuando te parece grave el padecer, y procuras huirlo, cree que te va mal, y dondequiera que fueres te seguirá la tribulación.

Si te dispones para hacer lo que debes, conviene a saber, sufrir y morir, luego te irá mejor y hallarás la paz”¹².

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: **La historia**

2º preámbulo: **Composición de lugar**

“es aquí ver como estoy delante de Dios Nuestro Señor, de los ángeles, de los santos **interpelantes por mí**”. Al ponernos delante de la corte celestial, san Ignacio quiere que notemos la importancia del momento que estamos pasando en los Ejercicios.

3º preámbulo: **Petición**

Será aquí pedir conocimiento **interno** de tanto bien recibido para que yo **enteramente** reconociendo pueda **en todo** amar y servir a Su Divina Majestad.

¹² TOMÁS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, L. II, Cap. XII

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

1. PRIMER PUNTO:

[234] El primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios Nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene. Y consiguientemente el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina. Y con esto reflejir en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la Su Divina Majestad; es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas así como quien ofrece afectándose mucho.

Debemos ir viendo cada una de las cosas que Dios nos ha otorgado. Nos ha creado a nosotros, ¿por qué a nosotros? Son infinitos los posibles que Dios podría haber creado en mi lugar y, sin embargo, me creó a mí. Incluso sabiendo que íbamos a pecar, a ofenderlo. Sabiendo que mis pecados serían causa de la encarnación y de la muerte del Verbo encarnado.

No le bastó a Dios el haberme creado sino que quiso hacerse hombre y redimirme. Se nos ha dado a Él mismo, en su Pasión, en la Eucaristía... Así podemos darnos cuenta de que no es nada el que nosotros le devolvamos lo que somos. Si Él ha hecho tanto por nosotros, ¿cómo vamos a ser tan mezquinos para darle algo a Él?

Santo Tomás¹³:

“aunque la caridad sea un don divino, para poseerla se requiere una disposición de nuestra parte. Y por eso es de saberse que para adquirir la caridad son necesarias dos cosas especialmente, y otras dos para el aumento de la caridad ya adquirida”. (nombro solo lo que tiene que ver con el tema que vamos tratando)

Salmo 38, 4: "Me ardía el corazón dentro del pecho". Así es que, si quieres adquirir el amor divino, medita en el bien. En efecto, demasiado duro tendría que ser el que meditando en los divinos beneficios que se le han concedido, en los peligros que se le han evitado y en la bienaventuranza que de nuevo se le ha prometido por Dios, no se inflamara en el amor divino. Por lo cual dice San Agustín: "Duro es el corazón del hombre, que no sólo no quiere dar amor, sino que ni siquiera corresponder". Siempre, así como los malos pensamientos destruyen la caridad, así también los buenos la adquieren, la alimentan y la conservan. Así es que decidamos con Isaías I, 16: "Quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestros pensamientos". Sabiduría I, 3: "Los pensamientos perversos apartan de Dios".

2. SEGUNDO PUNTO:

“Mirar cómo Dios habita en las creaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender; y así en mí, dándome ser, animando, sensando y haciéndome entender. Asimismo, haciendo templo de mí, siendo creado a la similitud e imagen de Su Divina Majestad. Otro tanto reflexionando en mí mismo por el modo que está dicho en el primer punto o por otro que sintiere mejor. De la misma manera se hará sobre cada punto que se sigue”.

Lejos está, obviamente, san Ignacio de caer en un panteísmo, pues con suma verdad

¹³ SANTO TOMAS DE AQUINO, *Los Mandamientos*, editorial Tradición, 2a. edición octubre de 1981, De los dos preceptos de la caridad, 28 y 29.

filosófica y teológica podemos decir que Dios está presente en las cosas; por “*presencia, esencia y potencia*”, dice santo Tomás. Está dando el ser en las cosas.

3. TERCER PUNTO:

Considerar como Dios trabaja y obra por mi en todas las cosas creadas sobre la faz de la tierra. Esto es, se comporta al modo en que trabaja cada cosa; así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etcétera, dando ser, conservando, vegetando y sensando. Después reflexionar en mí mismo.

“Y como habéis entendido, por lo que en vos pasa, cómo Dios es el que os ha dado el ser y el obrar, así en todas las criaturas entended lo mismo. Y considerando en todas a Dios, seros ha todo un espejo luciente, que os represente al Criador; y así podrá andar vuestra ánima unida con Dios, y en sus alabanzas devota, si vos en las criaturas otra cosa sino a Dios no buscáis”¹⁴.
(San Juan de Avila)

4. CUARTO PUNTO:

“Por último, mirar como todos los dones y bienes descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la suma y infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etcétera, así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etcétera. Después acabar reflejando en mí mismo según está dicho. Acabar con un Pater noster y un coloquio.”

Todo está en la caridad, en el amor. La perfección de nuestra vida consiste en la caridad. La caridad, es la que nos une a Dios, y nos hace más parecidos a Él. Decía san Juan de la Cruz: “*En el atardecer de la historia vamos a ser juzgados en la caridad*”.

De importancia trascendental para nuestra vida será el hecho de que nos sepamos amados por Dios. Los amores humanos, muchas veces plenificados y elevados por la participación del mismo amor sobrenatural de Dios, deben llevarnos a descubrir al Amante por antonomasia, al que no sabe y no puede hacer otra cosa sino amar porque es el mismo Amor.

Dirá San Juan en su primera carta:

“En cuanto a nosotros, hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en ese amor. Dios es amor; y el que permanece en el amor, en Dios permanece y Dios permanece en él” (1Jn 4,16).

Y permítanme citar in extenso el comentario que hace a este versículo Mons. Straubinger:

“Permanecer en el amor no significa (como muchos pensarán), permanecer amando, sino sintiéndose amado, según vemos al principio de este v.: *hemos creído en ese amor*. S. Juan que acaba de revelarnos que *Dios nos amó primero* (v. 10), nos confirma ahora esa verdad con las propias palabras de Jesús que el mismo Juan nos conservó en su Evangelio. “Permaneced en mi amor” (Jn. 15, 9). También allí nos muestra el Salvador este sentido inequívoco de sus palabras, admitido por todos los intérpretes: **no quiere Él decir: permaneced amándome, sino que dice: Yo os amo como Mi Padre me ama a Mí;**

¹⁴ SAN JUAN DE AVILA, *Audi filia* 64.

permaneced en mi amor, es decir, en este amor que os tengo y que ahora os declaro (cf. Ef. 3, 17). Lo que aquí descubrimos es, sin duda alguna, la más grande y eficaz de todas las luces que puede tener un hombre para la vida espiritual, como lo expresa muy bien S. Tomás diciendo: **“Nada es más adecuado para mover al amor, que la conciencia que se tiene de ser amado”** (cf. Os. 2, 23I). **No se me pide, pues, que yo ame directamente, sino que yo crea que soy amado.”**

Lo mismo dirá San Pedro Julián Eymard: *“la fe en el amor que Dios nos tiene, es lo que nos hace amarlo”*¹⁵ y, como afirma San Agustín *“El amor es una palanca tan fuerte, que levanta los pesos más enormes, porque el amor es el contrapeso de todos los pesos”*¹⁶.

Siendo Dios “alegría infinita”, como lo llamaba Santa Teresa de los Andes, y esto justamente por ser el mismo Amor, pocas cosas hay en la vida que nos hagan tan felices como sabernos amados.

Continúa Mons. Straubinger:

“¿Y qué puede haber más agradable que ser amado? ¿No es eso lo que más busca y necesita el corazón del hombre? Lo asombroso es que el creer, el creerse que Dios nos ama, no sea una insolencia, una audacia pecaminosa y soberbia, sino que Dios nos pida esa creencia tan audaz, y aun nos la indique como la más alta virtud. Feliz el que recoja esta incomparable perla espiritual que el divino Espíritu nos ofrece por boca del discípulo amado; donde hay alguien que se cree amado por Dios, allí está Él, pues que Él es ese mismo amor”.

Por algo será que Víctor, el chiquito del hogar con el cual comenzamos estas reflexiones, también suele decir a aquellos de quienes se siente querido: *“Ud. me hace feliz”*.

El amor es el que hará que nos entreguemos a Dios, ya sea en el matrimonio, o de una manera más radical, si Dios así lo pide. Decía san Alfonso María de Ligorio:

“Cuántos nobles personajes han abandonado su casa y su patria, sus riquezas, sus parientes, todo cuanto tenían, para encerrarse en un claustro y vivir únicamente consagrados al amor de Dios. Cuantas doncellas han renunciado a la mano de reyes, y de otros grandes personajes del mundo, y alegres corrieron a la muerte, para corresponder de un modo al amor que profesaban a Jesucristo, muerto por su amor, y ajusticiado en un patíbulo infame”.

Sor Isabel de la Trinidad, poco antes de morir, ofreció a sus hermanas, que recitaban junto a ella las oraciones de los agonizantes esta frase: *“A la tarde de la vida todo pasa, solo permanece el amor. Es preciso hacerlo todo por amor”*. Y **santa Teresita de Lisieux**: *“Ya lo he dicho todo, lo único que vale la pena es el amor”*.

“La medida de amar a Dios es amar sin medida”¹⁷. (San Bernardo)

“Oh mi Dios, y quien os viera ya amado de todas tus criaturas tanto cuanto mereces ser amado”¹⁸. (MARÍA ANTONIA DE LA PAZ Y –FIGUEROA)

“Más que el ejercicio de las virtudes, será el esfuerzo por purificar el corazón lo que nos llevará más brevemente y en modo más seguro a la perfección del amor, porque el Señor

¹⁵ Citado por MONS. STRAUBINGER, comentando el Salmo 40,15.

¹⁶ SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei* II, 28.

¹⁷ SAN BERNARDO, *La humildad*, Berongey, p. 159.

¹⁸ MARÍA ANTONIA DE LA PAZ Y –FIGUEROA (de un mural de la casa de Ejercicios Espirituales de Buenos Aires)

está dispuesto a concedernos toda clase de gracias, con la condición de que no le pongamos absolutamente ningún obstáculo. Es justamente volviendo puro nuestro corazón que sacamos cuanto obstaculiza las operaciones de Dios; y ¿quién puede comprender las estupendas maravillas que el Señor opera en el alma una vez que ella se libera de los impedimentos? San Ignacio decía que más de una vez los mismos Santos ponían obstáculos a las gracias del Señor.

Entre todos los ejercicios de la vida espiritual no hay uno que el demonio obstaculice con mayor oposición, como es el esfuerzo de purificar el corazón. Nos dejará hacer sin molestarnos algunos actos externos de virtud, acusarnos, por ejemplo, en público de nuestros errores, servir en la cocina, visitar a los enfermos en los hospitales y a los infelices en las prisiones; porque en todo eso encontramos a veces una cierta satisfacción; o al menos favorece nuestra vanidad y puede sofocar los remordimientos interiores de la conciencia. Pero el demonio no puede soportar que sondeemos profundamente nuestro corazón, examinando los desórdenes y aplicándonos a enmendarlos. También nuestro corazón rechaza absolutamente este sondeo y este cuidado que lo deja al desnudo y lo hace sentir las propias miserias. Todas nuestras facultades han caído en un estado de grave desorden que a nosotros no nos gusta descubrir, porque quedaremos humillados de este conocimiento.

Nosotros vacilamos años enteros y a veces también toda la vida en la indecisión de consagrarnos enteramente a Dios. No podemos decidimos a hacer el sacrificio completo. Nos reservamos afectos, planes, deseos, esperanzas, pretensiones, de las cuales no nos queremos desprender por temor de encontrarnos en esa perfecta desnudez de espíritu, que es el requisito indispensable para ser plenamente poseídos por Dios... Tenemos que atravesar un puente y nos falta el coraje. Por el miedo de ser infelices, permanecemos siempre infelices, rechazando el donarnos sin límites a aquel Dios que nos quiere poseer únicamente para liberarnos de nuestra infelicidad y de nuestra miseria”. (Doctrina Espiritual del P. Louis Lallemand)

“Fruto de esta vida de unión: el don de sí”¹⁹

Esta vida de oración ha de llevar, pues, al alma natural y llanamente a entregarse a Dios, al don completo de sí misma. **Muchos pierden años y años en trampear a Dios.** La mayor parte de los directores [espirituales] no insisten bastante en el don completo. Dejan al alma en ese comercio mediocre con Dios: piden y ofrecen, prácticas piadosas, oraciones complicadas. Esto no basta a vaciar al alma de sí misma, eso no la llena, no le da sus dimensiones, no la inunda de Dios. No hay más que el amor total que dilate al alma a su propia medida. Es por el don de sí mismo que hay que comenzar, continuar, terminar. Hay que realizarlo de una vez, y rehacerlo hasta que sea como connatural. Entonces el alma se dará con gran paz, se dará a propósito de todo, sin reflexionar, como el heliotropo se vuelve naturalmente hacia el sol.

Darse, es cumplir justicia”. (P. Hurtado)

“¡La entrega al Creador!”²⁰

¹⁹ San Alberto Hurtado, *La búsqueda de Dios*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005², p. 27.

²⁰ SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda de Dios*, pp. 28-34. *Elementos de vida espiritual*, Documento redactado en París en Noviembre de 1947.

En todo camino espiritual recto, está siempre al principio el don de sí mismo (Principio y Fundamento y Contemplación para alcanzar amor). Si multiplicamos las lecturas, las oraciones, los exámenes, pero sin llegar allí, es señal que nos hemos perdido... Antes que toda práctica, que todo método, que todo ejercicio, se impone un ofrecimiento generoso y universal de todo nuestro ser, de nuestro haber y poseer... **En este ofrecimiento pleno, acto del espíritu y de la voluntad, que nos lleva en la fe y en el amor al contacto con Dios, reside el secreto de todo progreso**". (SAN ALBERTO HURTADO)

“Tomad Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis, a Vos Señor lo torno, todo es vuestro. Disponed a toda vuestra voluntad, dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta”.

Santo Tomás comentando el salmo 12:

“Mas yo en tu misericordia he confiado; **Mi corazón se alegró en tu salvación.**

Dice: pone aquí tres cosas de las que el hombre recibe ayuda contra el diablo. Es decir, de la alegría espiritual, de la oración devota, de la buena obra. De lo primero dice *se alegró mi corazón en tu salvación*, no en las cosas temporales ni en vanidades y “el sentirse amado siempre produce consuelo y alegría”²¹. Todas estas alegrías ‘naturales’ son intensificadas y elevadas sobre una base más duradera y profunda por las alegrías espirituales”.

“la alegría espiritual es la serenidad de temperamento en medio de las situaciones cambiantes de la vida, como la que tiene una montaña cuando una tormenta la arrasa. Por eso un hombre que no tiene su alma enraizada en lo Divino sobredimensiona cada problema. No puede aplicar todo su potencial a ninguna cosa porque está preocupado por muchas cosas”²². (Fulton Sheen)

Como *Dios es espíritu* (Jn 4,24), al encarnarse, al asumir una naturaleza humana, debía elegir ser hombre o mujer; y si bien Nuestro Señor Jesucristo conoce y ama como Dios mismo –porque Él es Dios y no dejó de serlo al encarnarse–, también conoce y ama como hombre y en cuanto tal, como varón. De ahí que, en los perfectos y asombrosos planes de Dios, para mayor reflejo, mediación y transparencia de su amor divino, quiso dejarnos un materno amor de mujer, el más parecido al suyo, por ser Ella la obra más perfecta salida de sus manos. En este conocer y sentir el amor divino ¡cuánto nos ayuda conocer y sentir el amor de María!

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Ave María Purísima. *Sin pecado concebida.*

²¹ Cfr. S. Th., I-II, 38, 3; I-II, 32, 5.

²² FULTON SHEEN, *A way to happiness.*